

Jorge Urrutia

El espejo empañado

Sobre el realismo y el testimonio
(desde la literatura hispanoamericana)

CÁTEDRA

CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

Índice

ADVERTENCIA	11
-------------------	----

PRIMERA PARTE

SUPUESTOS TEÓRICOS

Identidades	17
Premisas I	44
Premisas II	56
Literatura e historia	60
Historicidad y verdad	67
Intrahistoria y pueblo	78
La libertad de la literatura	88
La veracidad	96
Expresar la existencia	106
La voz y la literatura	112
Dar voz a los sin voz	121
Informe y retórica	130
Desde el espejo	137

SEGUNDA PARTE

CONTAR SOBRE EL HOMBRE Y LA TIERRA

Paréntesis personal	151
La naturaleza descubierta	162
Los yerbales	178
La selva, el caucho, el salitre	183
<i>Mamita Yunai</i>	199
La novela de la caña	210

La novelística de plantación	222
Cronología de las novelas de plantación	235
Esclavos y trabajadores	237

TERCERA PARTE

LA COPIA BORROSA

Sentido y sensibilidad	253
Visiones del testimonio	264
Redescubrimiento del testimonio	276
El testimonio como consigna	287
El método para el testimonio	304
Compañera de vida	312
 CONSUMACIÓN O POLÍTICA POÉTICA	 329
 AGRADECIMIENTOS	 345
 NOTAS	 347
 BIBLIOGRAFÍA	 369

Advertencia

Claudio Sánchez Albornoz hace saber, al inicio de España, un enigma histórico, que publicaba de intento su libro sin notas. «Creo haber ganado autoridad sobrada —dice— para que pueda confiarse en el rigor científico de mis afirmaciones. [...] Pero por esta vez no me ha venido en gana abrumar al lector con millares de notas». Estas, sin duda útiles cuando son meras indicaciones bibliográficas, resultan impertinentes en los demás casos. O la nota refiere algo importante, y entonces debe integrarse en el texto, o es marginal y conviene prescindir de ella. Mis propias notas, bibliográficas, sustituirán a la bibliografía porque bastarán para indicar los datos esenciales y el lector encontrará la referencia en el momento en el que le pueda resultar útil.

Tampoco proporcionaré el número de página en la edición que utilizo; estimo que resulta ya del todo innecesario explicitarlo, porque los lectores raramente tendrán a su alcance la edición utilizada por el autor y consultarán otras diferentes, incluso en distinta lengua o en versiones digitales. Las referencias no imprescindibles sirven luego con frecuencia para que otros citen obras que nunca tuvieron en sus manos. Por otra parte, las bibliografías clásicas finales solo constituyen objeto de presunción, pues permiten incluir libros jamás utilizados. Como afirma el dicho popular, el que quiera saber que lea. Se incluyen, eso sí, dos sílabos de los libros de relatos citados.

Para terminar, un refrán: Más enseñan los desengaños que los años.

Identidades

«La tendencia documental y naturalista de la novela hispanoamericana obedecía a [...] haber llegado a la independencia sin verdadera identidad humana, sometidos a una naturaleza esencialmente extraña que, sin embargo, era el verdadero *personaje* latinoamericano». Son palabras y razones de Carlos Fuentes en su libro *La nueva novela hispanoamericana*¹. El autor mexicano, además de borrar de un plumazo el posible interés de la literatura colonial, acepta una fuerte tendencia realista en la producción literaria y lo justifica porque la naturaleza del continente, por encima de su población, alcanzó un peso que la convertía en centro y acción de la narrativa, aunque pudiera ser una «naturaleza extraña». La descripción habría importado más que la introspección. Carlos Fuentes pertenece a una generación que buscaba renovar la literatura iberoamericana y se apoyaba, para ello, no en el tratamiento de la naturaleza y de la realidad, sino en el del lenguaje. Descubrimos sin embargo aquí, oculta, una dicotomía que alguno quisiera establecer, casi como falsa dialéctica, entre una disimulada preocupación nacionalista continental (el ser americano) y otra internacionalista (el ser en el mundo), según defendía Ángel Rama. Incluso parece que la literatura hispanoamericana se caracterizaría por ese ser dicotómico².

La cultura del continente aparenta estar siempre a la búsqueda de una identidad y de características definitorias. Podría incluso estimarse que su principal carácter es esa búsqueda. Antonio Cornejo Polar la consideraba, en 1993, como la segunda de sus *agendas problemáticas*; las otras dos eran la del cambio y la de la «heteróclita pluralidad»³. La literatura encarna, o suele repetirse que lo hace, el

alma (el espíritu) nacional, pero en Hispanoamérica se rompe necesariamente desde las independencias la idea romántica que unía lengua y nación.

Fue Herder quien relacionó estrechamente la literatura con la nación, aunque mejor sería decir con un pueblo. Esta confusión, que impregnó el Romanticismo, unía territorio, lengua y pueblo-nación con la literatura, que expresaría la composición unitaria. De la correspondencia de pueblo y nación surgía el país, y de la organización de este el Estado. Si los románticos emprendieron la tarea de buscar y recopilar las canciones primitivas fue porque estas expresarían los sentimientos profundos del pueblo, así como la investigación iba a conducir hasta acercarse a la lengua originaria.

Toda esa teorización entra en crisis cuando se es consciente de que no parece que haya en el mundo un país en el que históricamente no se hablen varias lenguas o dialectos referenciados (existen unas cinco mil lenguas en el mundo y son muchísimos menos los países)⁴, ahora bien, aquella que adquiere primacía política, cultural y administrativa acaba considerándose lengua nacional y posterga a las otras. La ecología lingüística estudia y defiende esas lenguas postergadas, pero los hablantes optan por las que les facilitan la expresión diaria; a la vez, si políticamente puede obligarse al conocimiento y al uso administrativo, la reflexión personal es libre. No podemos dejar de recordar a aquel mozo que le contesta a Sancho, gobernador de la Ínsula, quien lo ha mandado a dormir a la cárcel:

Presuponga vuestra merced que me manda llevar a la cárcel y que en ella me echan grillos y cadenas y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda. Con todo eso, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuestra merced bastante con todo su poder para hacerme dormir, si yo no quiero?

El hablante de una lengua minoritaria puede resistirse en su uso hasta que desaparezca una persona con la que hablar (suele relacionarse la desaparición de una lengua con la muerte de su último hablante, pero es una incorrección; una lengua desaparece cuando muere su penúltimo hablante). Mas esa resistencia solo tiene valor sentimental. Hay que distinguir también, por ejemplo, entre el totoró, de Colombia, que dispone de cuatro hablantes censados, para el que la ecología lingüística puede dispensar toda

atención, y la importancia comunicativa y política del quechua, con sus nueve millones de hablantes. Pero no debemos olvidar que el español es lengua que conocen y emplean, aunque sea de forma pasiva, más del 95 por 100 de la población americana al sur de Río Grande.

En el bilingüismo, o incluso multilingüismo, esencial se halla inmerso el continente iberoamericano pero también las Antillas menores tienen su problemática, así como Norteamérica. Desde el punto de vista literario los trabajos de Paula Gunn Allen o Andrew Wiget han profundizado en la producción indoamericana en los Estados Unidos. Diane Boudreau ha estudiado la literatura indoamericana en el Canadá francés⁵. Aunque hayan sido lateralizadas las lenguas indígenas, que prácticamente carecían de escritura y que tampoco se encierran en los límites nacionales, la problemática es la inversa a la que considera el nacionalismo: al español lengua única común de cultura le corresponde una veintena de naciones. La literatura debe decidir si se preocupa por la amplitud de la lengua o rebusca otras características definidoras de los países.

Tal vez la búsqueda continua de su propio ser como desveladora de la nación sea de alguna forma una herencia española, la herencia más real y más perturbadora. José Gaos escribía en 1945 que «en el siglo XVIII se inició en España y sus colonias americanas el que debe considerarse un mismo movimiento de identidad de sus orígenes y su dirección»⁶. Los países de nuestra lengua han sufrido gravemente un cuestionamiento que José Álvarez Junco describe en el libro *Mater dolorosa*. La negación de la identidad como realidad nacional se entendió que no era «sino una más de las múltiples identidades colectivas» compartidas, aunque permita legitimar la estructura política y exigir sumisión a los conceptos y las normas que los grupos de presión, económicos, políticos, culturales, imponen⁷. Los conflictos fronterizos, las disputas sobre los límites, siguen vivos en Hispanoamérica y agravan una indeterminación que conlleva repercusiones culturales. Eduardo Nicol, desde su cátedra mexicana, se extrañaba de lo que más tarde se podría considerar el complejo neocolonial, porque «el hombre de América dispone hoy de una doble ventaja», posee una tradición de pensamiento, al contrario que los nacionales de los nuevos países surgidos de las colonias británicas, francesas y holandesas, y «se encuentra en disposición vital más abierta que la del europeo»⁸.